

— ¡Medrados estamos con eso! — respondió Sancho. — Yo pondré<sup>a</sup> que se vienen á resumirse<sup>b</sup> todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos.

— ¡Por Dios, — respondió el huésped, — que es gentil relente el  
5 que mi huésped tiene! Pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas, y ¿quiere que tenga huevos? Discurra, si quisiere, por otras delicadezas<sup>c</sup>, y déjese de pedir gallinas<sup>d</sup>.

— Resolvámonos (¡cuerpo de mí!), — dijo Sancho<sup>e</sup>, — y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de<sup>f</sup> discurrimientos.

10 — Señor huésped, — dijo<sup>g</sup> el ventero: — lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca. Están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y<sup>h</sup> la hora de ahora están diciendo: « — ¡Cómeme! ¡Cómeme!<sup>i</sup> »

a. ...yo apostaré que. TON. = b. ...á resumir todas. V.<sub>3</sub>, BAR., BR.<sub>3</sub>, TON., A.<sub>1,2</sub>, PELL., CL., RIV., GASP., ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ., FK. = c. ...delicadezas y por otros regalos y dexese. V.<sub>3</sub>, BAR. = d. ...pedir gullerías. BR.<sub>4</sub>. = e. ...dixo Sancho medio enoxado y dígame. V.<sub>3</sub>,

BAR. = f. ...y dexese de tantos discurrimientos. BAR. = g. ...discurrimientos, Señor huésped. A lo que respondió el ventero. V.<sub>3</sub>, BAR. = ...discurrimientos, Señor huésped. Dixo entonces el ventero. TON. = h. ...y á la hora. TON. = i. ...están diciendo comédme, comédme. PELL.

14. ...están diciendo: « — ¡Cómeme! ¡Cómeme! » — Vea el lector lo que escribe Clemencin en una de sus notas al presente capítulo:

« Refiere Avellaneda (cap. 4), que en la venta del Ahorcado ponderaba Sancho á su amo la buena prevencion de comida que allí habia y « una muy gentil olla de vaca, tocino, carnero, nabos y berzas, que está diciendo: *cómeme, cómeme* ». Y lo mismo dice Cervantes de las « dos uñas de vaca cocidas con garbanzos, cebollas y tocino », que tenia el ventero. — Mas no fué este el solo pasaje en que imitó Cervantes al fingido Avellaneda. Lo del « zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea », en boca del vencido caballero de los Espejos (II, 14), recuerda lo del « muy justo y pequeño zapato » de la Princesa gallega en Avellaneda (cap. 5). El pedido de seis reales que sobre el faldellin de Dulcinea hace su soñada doncella á D. Quijote en la cueva de Montesinos (II, 33), es una imitacion del de dos reales que segun el mismo Avellaneda hizo á nuestro caballero la moza gallega. Y es preciso confesar que estos dos pasajes del continuador aragonés llevan ventaja á las imitaciones de Cervantes. »

Al decir del insigne comentador, Cervantes conocia ya la obra de Avellaneda aun antes del cap. 14 de esta segunda parte, y la conocia no solamente en líneas generales, sino en detalle: nada más inverosímil. Los que han visto la traducción francesa del *Quijote*, impresa en Paris en 1704, hecha por Le Sage, creerán también que el escritor alcalaino copió al tordesillesco, y no es cierto: la labor del francés no fué traducir lo que habia escrito Avellaneda en su obra, sino modificar y arreglar, borrando inmundicias y groserías del original, y añadiendo en los últimos capítulos muchas reminiscencias de la segunda parte auténtica.

— Por más las marco desde aquí, — dijo Sancho; — y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto, y no se me daría nada que fuesen manos como<sup>a</sup> fuesen uñas.

— Nadie las tocará, — dijo el ventero; — porque otros huéspedes  
5 que tengo, de puro principales, traen consigo cocinero, despensero y repostería.

a. ...como no fueßen. TON. — ...como ni que fuesen. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ.

Si el ingenio complutense imitó á Avellaneda en los cap. 14 y 33 de esta segunda parte, ¿á qué decir, en el cap. 59, « Parece que iba por aquí escribiendo Cervantes cuando llegó á sus manos el libro de Avellaneda, y ya no cesó de satirizarle hasta el fin del *Quijote* »? Si el mismo Clemencin dice que desde que llegó á manos de Cervantes el libro del encubierto autor « ya no cesó de satirizarle », ¿cómo, conociendo anteriormente la labor de Avellaneda, aguarda llegar aquí, en este capítulo, para comenzar á señalarle abiertamente? Á nuestro entender, el Manco sano, y Famoso todo, tenia ya muy adelantada la segunda parte cuando vió el libro ó supo la aparición del apócrifo *Quijote*.

En el prólogo á las *Novelas ejemplares* (1613) se lee: « Tras ellas, si la vida no me deja, te ofrezco los trabajos de Persiles, libro que se atreve á competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza; y primero verás, y con brevedad, dilatadas las hazañas de D. Quijote y donaires de Sancho Panza: y luego las Semanas del Jardin. » La licencia para imprimir y vender el libro de Avellaneda es de 4 de Julio de 1614, y en el cap. 36 de esta segunda parte figura una carta fechada en 20 de Julio de 1614, y otra en 16 de Agosto del mismo año (cap. 47). Estas dos últimas fechas son, á nuestro parecer, las mismas en las cuales escribía Cervantes los dos mencionados capítulos, y la aparición del libro de Avellaneda fué la causa acelerada de la terminación de su obra, por cuanto, en Febrero de 1615, el licenciado Márquez Torres aprueba, por comisión del Dr. Gutierrez de Cetina, la *Segunda parte del ingenioso Cavallero don Quixote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra*.

Si, por haber escrito « — ¡Cómeme! ¡Cómeme! », nuestro autor copió al supuesto Avellaneda (al decir de meticulosos criticos), ¿por qué no pudieron ambos copiar á Lope de Rueda en el Paso Quinto de *El deleitoso*? Vea el lector la cita del famoso comediante y juzgue:

« HONZIGERA. — Mira: en la tierra de Jauja hay un rio de miel y junto á él otro de leche, y entre rio y rio hay una fuente de mantequillas encadenada de requesones y caen en aquel rio de la miel, que no parece sino que estan diciendo: *cómeme, cómeme*. »

5. ...otros huéspedes que tengo, de puro principales, traen consigo cocinero, despensero y repostería. — El ventero que nos describe aquí Cervantes es de lo más bellaco, burlón y redomado que ha podido imaginarse: un ventero que por toda provisión tiene únicamente « dos uñas de vaca », y dice á Sancho « que su boca seria medida; y, así, que pidiese lo que quisiese »; un posadero que menciona como huéspedes suyos á gente principal y encopetada, con acompañamiento de criados; y el cronista, tan puntual y detallista siempre,

— Si por principales va, — dijo Sancho, — ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas<sup>a</sup> ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nísperos. »

5 Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le había preguntado qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse, pues, la hora de<sup>b</sup> cenar, recogióse<sup>c</sup> á su estancia D. Quijote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito.

10 Parece ser que, en otro aposento que junto al de D. Quijote estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir D. Quijote: « — Por vida de vuesa merced, señor D. Jerónimo, que, en tanto que traen<sup>d</sup> la cena, leamos otro capítulo de la *Segunda parte de Don Quijote de la Mancha*<sup>e</sup>. »

a. ...permite despensar ni. BR.<sub>5</sub>. —  
b. ...la hora del cenar. BR.<sub>1,5</sub>, V.<sub>3</sub>, BAR.,  
TON., A.<sub>1,2</sub>, BOW., PELL., CL., RIV.,  
GASP., ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ., FK. = c. ...reco-  
giéronse á su estancia D. Quijote y San-

cho; trujo el huésped la olla y sentóse á  
la mesa muy de propósito. ARG.<sub>3</sub>. —  
d. ...que trae la cena. C.<sub>4</sub>, BOW. — ...que  
se trae la cena. BR.<sub>4</sub>. = e. ...Segunda  
parte de don Quixote. Apenas oyó. BR.<sub>4</sub>.

solamente se cuida de anotar que había en la venta dos caballeros, D. Juan y D. Jerónimo, pero nada nos dice de la alcurnia de esos dos señores, ni tampoco de los criados á que alude el ventero.

7. Llegóse, pues, la hora de cenar. — El crítico meticoloso observará que anteriormente ha dicho el novelista: « Llegóse la hora del cenar: recogióronse á su estancia. » Caso parecido á éste se observa en los primeros capítulos del libro: « Limpiólas (las armas) y aderezólas lo mejor que pudo... Limpias, pues, sus armas. » (I, 1.) — « En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño. » (I, 2.)

Como habrá visto el lector, seguimos la lección de la primera de Cuesta, y no comprendemos como, habiendo leído anteriormente «...y acabe presto maese Pedro que se hace hora de cenar» (II, 26; fol. 103 de la edición de 1615), «...agora bien, Señor don Quixote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega» (II, 44; fol. 166), «Con esto quedó contento el Governador, y esperaua con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar» (II, 49; fol. 184), corrigieron el texto de la *príncipe*, y, en vez de «la hora de cenar», los correctores de muchísimas ediciones creyeron que quedaba mejor el texto escribiendo «la hora del cenar». ¿Se fundarían, para hacer esta corrección, en que en este mismo capítulo se lee «la hora del cenar»? Creemos que sí.

12. ...en tanto que traen la cena. — En la edición *príncipe* se lee «en tanto que trae la cena». Evidente errata.

13. ...leamos otro capítulo de la «Segunda parte de Don Quijote de la Mancha». — «En este capítulo, — dice la edición de la Real Academia Española (1819), — comienza Cervantes á hablar de la *Segunda parte del Quijote*,

Apenas oyó su nombre D. Quijote, cuando se puso en pie y, con oído alerta<sup>a</sup>, escuchó lo que dél trataban; y oyó que el tal D. Jerónimo referido respondió: « — ¿Para qué quiere vuesa merced, señor D. Juan, que leamos estos disparates, si<sup>b</sup> el que hubiere leído la *Primera parte de la historia de Don Quijote de la Mancha* no es posible que pueda tener gusto en leer esta *Segunda*? »

a. ...oído alerta. CL., ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ. | BOW., PELL. — ...disparates, pues el  
= b. ...disparates, y el que. C.<sub>4</sub>, BR.<sub>4,5</sub>, | que. TON.

compuesta por Avellaneda, y por eso la llama despues (cap. 61) recién impresa, y (cap. 70) libro nuevo, flamante. Desagradaronle, como era justo, las palabras malignas que contenía el Prólogo, injuriosas á su persona, y á las que contestó en el de la Segunda Parte con la nobleza y generosidad propias de su carácter. »

1. ...con oído alerta. — El adjetivo *alerto* significa «atento», «vigilante», «cuidadoso». Los escritores actuales rara vez hacen uso de esta voz. No así los de la edad de oro, como queda demostrado por los siguientes ejemplos:

« El sentido siempre alerta  
Por ver cuando será hora;  
Y quédese la señora  
Riendo de verlo muerto. »

(CASTILLEJO. *Sermon de amores*. — Tema: ¿Á dónde iré? ¿Qué haré?...)

« Puestos los pies por compás,  
Los ojos vivos, alertos,  
Sin osar mirar atrás,  
En pie siempre descubiertos. »

(CASTILLEJO. *Diálogo y discurso de la vida de corte*.)

« En el centro del Erebo se escucha  
La voz de los heridos y matantes,  
Y saltan los espíritus alertos,  
Aguardando las almas de los muertos. »

(VILLAVICIOSA. *La Mosquea*, XI.)

3. « — ¿Para qué quiere vuesa merced, señor D. Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído. — La edición de 1615 dice: « Para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, y el que huviere leydo. » Como podrá ver el lector, en este pasaje no seguimos á la edición *princeps*, por creer que la *y* debe ser *si*, corrección atinada y justa.

3. « — ¿Para qué quiere vuesa merced... en leer esta «Segunda»? — D. Agustín de Montiano y Luyando, secretario de Su Majestad, escribe, en la aprobación del *Quijote* de Avellaneda (Madrid, 1732): « He reconocido la segunda parte de Don Quixote, compuesta por el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, y confieso me sirvió de sumo gusto la ocasion de leer lo que muchos años ha deseaba, porque en medio de que en el Don Quixote de Cervantes había visto sus desprecios, como no había hallado en ellos la solidez necesaria para per-

— Con todo eso, — dijo el D. Juan, — será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna <sup>a</sup> cosa buena. Lo que á mí

a. ...tenga cosa buena. BR.

suadirmelos justificados, anelaba encontrar el original, donde yo mismo pudiera convencerme. No me sucedió así, ni creo que ningún hombre juicioso sentenciara á favor de lo que Cervantes alega, si forma el cotejo de las dos segundas partes; porque las aventuras de este Don Quixote son muy naturales, y que guardan la rigurosa regla de la verosimilitud, su carácter, es el mismo que se nos propone desde su primera salida, tal vez menos estremado, y por eso mas parecido; y en cuanto á Sancho, ¿quién negará que está en el de Avellaneda mas propiamente imitada la rusticidad graciosa de un Aldeano? En el de Cervantes no me parece fácil de conciliar la suma simpleza que descubre algunas veces, con la delicada picardía que usa en otras, y la particular discreción que manifiesta en muchas, á menos que no digamos, que habla, y obra Sancho de cuando en cuando, como el Autor, en lugar de obrar, y hablar este, siempre como Sancho. Bien al contrario sucede en el de Avellaneda, pues no desmaya jamas la muestra que da de sí al principio, ni se adelanta á acciones, dichos, ó discursos, que nos obligan á desconocerle. No es frío, y sin gracejo como Cervantes quiere; sus sales tiene no poco gustosas; y creo que en esta parte aseguró el enojo, lo que sin duda borraría su conocimiento á haber escrito sin la prevención de su ofensa, y sin los creidos aplausos que mereció á nuestra Nación y á las Estrasneras. »

Que D. Jerónimo, el personaje que el novelista pone en escena, no opinaba como Montiano y Luyando, lo dice el pasaje que se comenta. Para nosotros, el que hubiere leído el *Don Quijote* cervantino no puede entusiasmarse con el tordesillesco; y Asensio, el benemérito escritor, admirador como pocos del ingenio complutense, dice: « Nunca he podido distraerme con la lectura del *Quijote* de Avellaneda. Me parece débil en las descripciones, frío en la narración, pueril en el plan, y, en una palabra, falto por completo de condiciones literarias. No es que le perjudique el venir después de la Primera Parte del *Ingenioso Hidalgo*, de Cervantes, tan admirablemente trazada, tan espontánea y agradadamente escrita, tan gráfica en caracteres, lugares y sucesos... no; es que sola y acompañada, la obra del supuesto Avellaneda, es mala en todos sentidos. » (*Cervantes y sus obras*, pág. 158. — Madrid, 1902.)

Y para que esta cita, en defensa de Cervantes, no vaya sola, trasladamos aquí lo que han escrito plumas tan autorizadas como las de los distinguidos cervantistas Díaz de Benjumea y Rodríguez García, comparando el *Quijote* auténtico, engendrado entre los hierros de una cárcel, y el impreso en Tarra-gona en la oficina de Felipe Roberto:

« Este libro (el de Avellaneda) vale poco ó nada como sátira literaria. Ni el manchego que pinta es hidalgo, ni el andante es caballero, ni su dolencia es locura; ni, en suma, tiene otro mérito que ser Quijano el *Malo*, ya que nada conserva de Quijano el *Bueno*. Por Sancho corre otra cuenta. Como pintura de un rústico, soez, bellaco y bufon, con sus ribetes de sucio y collares de obsceno y desvergonzado, es inmejorable, y por esto ha habido autores que lo creen superior al *Quijote* de Cervantes. Mas por lo mismo que el retrato es záfio, carece de la diversidad de matices que hacen en el Sancho legítimo la verdadera representación de la clase popular y comun en España, desde el simple gañán, que firma con una cruz, hasta el criado que razona

en éste más<sup>a</sup> desplace es que pinta á D. Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. »

a. ...en este mas me desplace. V. 3, BAR., | — ...en este más me desplace. GASP.,  
BOW. — ...en este más me desplace. TON. | ARG. 1. 3, BENJ.

discretamente con su señor sobre gobernación de Estado. En el Sancho de Avellaneda, sólo se vé al criado de Martín Quijada; en el de Cervantes se halla el tipo de todos los servidores, vario en manifestaciones y uno en la sustancia. En suma, el libro no tiene más que un objeto: bautizar á D. Quijote, entrarle en la iglesia, colgarle el rosario, hacerle oír misa, y sustituir á Dulcinea con la patrona de su orden. Pero todo esto bajo la apariencia y pretexto de que no se trata más que de atacar la caballería andante. Confesar otra cosa habría sido anti-político, y llamar la atención del público hácia el sentido esotérico del *Quijote*, que ellos y sólo ellos pudieron, aunque no del todo, vislumbrar. En esto, ambos autores siguieron igual camino con distintos fines. — Resultado, Cervantes, lego, compone un gran libro, de lectura moral y texto para infinitos sermones, según un escritor francés, mientras que el contrario bando religioso hace un libelo, de lectura inmoral, que escandaliza aun en cuarteles y lupanares. El uno triunfa andando el tiempo y la humanidad aplaude el fin propuesto y los medios empleados. El otro se hunde en el olvido y muestra la poca vida de su causa. Si así no fuese, el *Quijote* espúreo debía estar hoy en manos de todos y el de Cervantes hundido en el polvo de las bibliotecas, porque no viven en los siglos los que en sí no encarnan ideas destinadas á vivir en la humanidad. » (N. DÍAZ DE BENJUMEA. *La verdad sobre el « Quijote »*, pág. 309. — Madrid, 1878.)

« Avellaneda no comprendió á D. Quijote ni á Sancho; vió la sátira contra los libros de caballerías, la locura de aquél y la simplicidad de éste; mas de modo somero: creyó que no importaba más que hacer reír y valiése para ello de lo tosco y chabacano. Lo que cautiva en ambos personajes y es admirable maestría en Cide Hamete Benengeli, desaparece en los dos ridículos mentecatos del novelista tordesillesco; bajo la pluma de Cervantes, D. Quijote llega hasta lo sublime; en la de su descomedido rival, se tuerce, desfigura y termina por perderse el carácter notabilísimo del aventurero héroe, y no sale mejor librado el buen Sancho. Un libro inspira amor y enseña, sin que dejemos de reír ni un punto; el otro no alcanza sino la risa, y esa no de la suprema calidad de aquella, ni de tanta duración, ni por los recursos de soberano artífice con que el nunca superado maestro lo logra. » (RODRÍGUEZ GARCÍA. *Vida de Cervantes y juicio del « Quijote »*, pág. 124. — Habana.)

1. ...pinta á D. Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. — ¿Serán, los pasajes que siguen, entresacados de la obra de Avellaneda, los que pintan al héroe manchego como desenamorado de la sin par Princesa del Toboso?

« Pues Dulcinea se me ha mostrado tan inhumana y cruel, y lo que peor es, desaparecida á mis servicios, sorda á mis ruegos, incrédula á mis palabras, y, finalmente, contraria á mis deseos, quiero probar á imitación del caballero del Febo, que dexó á Claridiana, y otros muchos que buscaron nuevo amor, y ver si en otra hallo mejor fe y mayor correspondencia á mis fervorosos intentos. » (Cap. 2.) — « Y que pensaba olvidar á la ingrata infanta Dulcinea del Toboso, y buscar otra dama que mejor correspondiese á sus servicios. » (Cap. 3.) — « ...diziendo que cualquier caballero natural ó andante que dixese

Oyendo lo cual D. Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo: «—Quien quiera que dijere que D. Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la  
5 sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada ni en D. Quijote puede haber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.»

—¿Quién es el que nos responde?— respondieron del otro aposento.

10 —¿Quién ha de ser, — respondió Sancho, — sino el mismo D. Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere!; que al buen pagador no le duelen prendas.»

Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros (que tales lo parecían), y uno dellos,  
15 echando los brazos al cuello de D. Quijote, le dijo: «—Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no <sup>b</sup> acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero D. Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro  
20 nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro que aquí os entrego.»

Y, poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó D. Quijote, y, sin responder palabra, comenzó á hojearle; y de allí á un poco se le volvió, diciendo: «—En esto <sup>c</sup> poco que he  
25 visto he hallado tres cosas, en este autor, dignas de reprehensión <sup>d</sup>:

a. ...el guardarla toda su vida y sin hacerle tuerto alguno. ARG. 1, BENJ. — ...el guardar la fe debida y sin hacerle tuerto al-

guno. ARG. 2. — b. ...puede dexar de acreditar. TON. — c. ...este. TON. — d. ...reprehension. A. 2, CL., RIV., GASP., FK.

que las mugeres merecian ser amadas de los caballeros mentia... pues desengañaban bien de cuan gran locura era lo contrario las ingratitudes de la infanta Dulcinea del Toboso; y luego firmaba al pie del cartel: El Caballero Desamorado.» (Cap. 4.)—«Señores, para dezilles la verdad, dixo Sancho, él se llama don Quixote de la Mancha, y agora un año se llamaba el de la Triste Figura, cuando hizo penitencia en la Sierra Morena, como ya deben de saber por acá; y ahora se llama el Caballero Desamorado.» (Cap. 8.)—«...por tanto, oh magnánimo príncipe, si hay en ti algun rastro de piedad y sombra del infinito amor que á la ingrata infanta Dulcinea del Toboso tuviste, aunque ya eres el Caballero Desamorado.» (Cap. 34.)

Pero no solamente en los pasajes transcritos se pinta al héroe manchego como indiferente á Dulcinea: en los cap. 10, 12, 13, 24 y 33 podriamos hallar aún algunas citas que demostrarían como el encubierto autor cambió el carácter del enamorado hidalgo creado por Cervantes.

la primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos;

1. ...la primera es algunas palabras que he leído en el prólogo.— Para abominar del libro de Avellaneda sólo le bastaba á D. Quijote leer las primeras líneas del prólogo del tordesillesco autor, ya que todo él es agresivo, insultante. He aquí el comienzo: «Como casi es comedia la historia de Don Quijote de la Mancha, no puede ni debe ir sin prólogo; y así sale al principio desta segunda parte de sus hazañas este, menos cacareado y agresor de sus lectores, que el que á su primera parte puso Miguel de Cervantes Saavedra, y mas humilde que el que segundó en sus novelas, mas satíricas que exemplares, si bien no poco ingeniosas. No le parecieran á él lo son las razones desta historia, que se prosigue con la autoridad que él la comencó, y con la copia de fieles relaciones que á su mano llegaron (y digo mano, pues confiesa de sí que tiene sola una y hablando tanto de todos, hemos de dezir del que, como soldado tan viejo en años cuanto moço en bríos, tiene mas lengua que manos) pero que xese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su segunda parte.»

Vea el lector lo escrito por Cervantes en el prólogo de esta segunda parte, y se admirará de la mesura, continencia y dignidad con que contestó á los insultos del enmascarado Avellaneda.

1. ...la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos.— Pellicer, en sus *notas*, escribe: «Califica el lenguaje de aragonés, porque tal vez escribía sin artículos, y pudiera haber alegado otras pruebas, no menos convincentes que copiosas, como son: *en salir de la cárcel*, por en saliendo ó habiendo salido; *á la que volvió la cabeza*, por habiendo vuelto la cabeza; *escupe y le pegaré*, por le castigaré; *hincar carteles*, por fijar ó pegar; *poner la escudilla en las brasas*, por poner la taza sobre las ascuas; *el señal*, por la señal; *menudo*, por mondongo; *malagana*, por congoja, desmayo ó vaguido, y aquel tratarse las personas de impersonal, como *mire, oiga, perdone*.»

El catedrático de la Universidad césar-augustana, D. Jerónimo Borao, dice, en su *Diccionario* (1), que las únicas palabras aragonesas que ha podido ver en el libro de Avellaneda son *zorriar*, *repapo*, *malvasia*, *repostona*, *mala gana* y *buen recado*. Ya veremos más adelante como ni estas voces son originarias de Aragón.

Pasó algún tiempo sin que el estilo de Avellaneda motivara trabajo alguno, hasta que, en 1897, D. Marcelino Menéndez y Pelayo escribió al distinguido cervantista D. Leopoldo Rius (2):

«Algunos barbarismos puestos de intento en boca de Sancho, no pueden ser considerados como provincialismo de ninguna parte. Pero es cierto que el autor, hasta cuando habla por su cuenta, propende á ciertos modos incorrectos, ó excesivamente elípticos, de que pueden servir de ejemplo los dos siguientes: *á la que llegó*, en vez de *cuando llegó* ó *á la hora que llegó*; *en despertar*, esto es, *cuando despertó*. — Suele omitir también, pero no con tanta frecuencia, que esto pueda considerarse como marca distintiva de su estilo, los artículos y las preposiciones, diciendo, v. gr., *cerca los muros, delante el*

(1) *Diccionario de voces aragonesas*. — Zaragoza, imprenta del Hospicio, 1884.

(2) *Una nueva conjetura sobre el autor del «Quijote» de Avellaneda*. — (*El Imparcial*). — Madrid 15 de Febrero de 1897.)

y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se

*monasterio, haciendo toda resistencia que podía.* — Como se ve, los indicios gramaticales no pueden ser más débiles, y si no hubiera otros para tener por aragonés á Avellaneda, no sería yo, ciertamente, quien se atreviese á afirmar su patria. La afirmo sólo bajo la fe de Cervantes, que me parece imposible que la ignorase, á pesar de la forma un tanto dubitativa en que se expresa.»

Algunos años más tarde, el Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Sr. Groussac (en libro que, si bien mereció algunos elogios, fué objeto de justas censuras), escribió, refiriéndose al estilo del encubierto autor:

«Le fait que le pseudo Avellaneda était «Aragonais» me semble démontré, mais par d'autres indices que celui de Cervantes, et dans un sens plus large que ne l'entendent Pellicer et les autres commentateurs. On sait que Cervantes se borne à trouver que le langage d'Avellaneda sent l'aragonais «parce qu'il écrit quelquefois sans article». C'est une simple boutade, sans autre fondement que la présomption qu'elle est censée expliquer. Le livre venant d'Aragon, ou à peu près (dans le langage courant, la Catalogne et Valence étaient toujours des dépendances de l'Aragon), Cervantes en déduit que l'auteur est Aragonais, etc., par suite, que ses incorrections, réelles ou imaginaires, sont des aragonismes. Rosell, qui a dirigé l'édition de Rivadeneyra, ne relève qu'une fois la faute signalée par Cervantes; on trouverait encore deux ou trois passages douteux, où il semble que l'article manque; mais tous les écrivains prenaient alors les mêmes libertés, et Cervantes plus souvent que les autres. Cette négligence n'est donc pas plus aragonaise que castillane ou andalouse; commise habituellement, elle trahirait plutôt une origine biscaïenne (1). C'est par d'autres traits que se manifeste réellement le provincialisme d'Avellaneda; par de nombreuses locutions catalanes ou valencienes, qui se confondent avec celles dites «aragonaises», puisque celles-ci ne sont, en général, que des migrations du «limousin». (2)

Y, como para el Sr. Groussac el solapado autor tordesillesco no es otro que el valenciano Juan Martí, el distinguido hispanista D. Alfredo Morel Fatio, estudiando el trabajo del Director de la Biblioteca Nacional bonaerense, hizo un acabado estudio del estilo de entrambos escritores (esto es, del autor de la segunda parte de *Guzmán de Alfarache* y del enmascarado Alonso Fernández de Avellaneda), y demostró (3) que ni por el estilo puede ser el falso *Quijote* obra del que se firmó Mateo Luxán de Sayavedra, ni muchas de las palabras que se señalan como aragonismos lo son, ya que ni *pegar* por «castigar», ni *escudilla* por «taza», ni *brasas* por «ascuas», ni *menudo* por «mondongo», son provincialismos, como no lo son *repostona*, *repapo*, *pedir de*, etc., que se han citado anteriormente.

(1) «Voici la phrase d'Avellaneda (I, VIII): «hacia toda [la] resistencia que podía para soltarse.» G. Cervantes, *Quijote*, II, XL: «No hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que [la] muerte no le consuma.» I, XXVII: «no todas [las] veces le tengo cabal.» On trouve dans B. Argensola (*Cualidades de un perfecto cronista*): «pues hecha la concordancia de los tiempos»; et plus loin: «para estudiar [la] antigüedad.» Mais on me dira peut-être que le puriste Argensola était Aragonais; voici l'auteur de la *Celestina*, qui ne l'était pas: «He oido que debe [el] hombre á sus mayores crear.» On en citerait par centaines.»

(2) *Une énigme littéraire.* — *Le «don Quichotte» d'Avellaneda.* — Paris, 1903.

(3) *Bulletin Hispanique*, 1903.

desvía de la verdad en lo más principal de la historia, porque

El Sr. Ximénez de Embún, en su estudio intitulado *Antecedentes literarios que prepararon y causas históricas que produjeron la publicación del «Quijote» de Avellaneda* (premiado en el Certamen cervantino promovido por el Ateneo de Zaragoza en 1905), escribe, á propósito del estilo de tan enigmático autor:

«*Zorriar*. — No pasa de ser más que un barbarismo puesto en boca de Sancho, una deformación del verbo *zurriar* ó *zurrir*.

«*Repapo*. — Es un vocablo que ó inventó Avellaneda ó lo recogió del fondo común del lenguaje del vulgo para dar más gracia á sus grotescas quimeras.

«*Malvasía*. — No es palabra aragonesa: debió su origen á la ciudad así llamada en la isla de Candía, que prestó su nombre (1) al afamado vino tan conocido entonces por toda Europa, como lo son, al presente, el Burdeos, Jerez, Madera y Oporto. Encuéntrase esta voz usada indistintamente por escritores aragoneses y castellanos; el toledano Tirso de Molina (ó sea Fr. Gabriel Téllez), en su comedia *Palabras y plumas*, nos ofrece el siguiente ejemplo:

«Dos gallinas, tres conejos,  
De vitela una empanada,  
Ostiones en escabeche,  
Y una bota calabriada  
De Chipre y de *Malvasía*  
Medio tinto y media blanca» (2).

«*Repostona*. — Supuesto que fuera aragonesa, bien pudo usarla el supuesto licenciado, fuera ó no natural de Aragón, del mismo modo que el valenciano Luján se sirvió de la voz *ambrolla*, que en lenguaje vulgar todavía es corriente en la misma ciudad de Zaragoza.

«*Mala gana*. — No se halla en el *Quijote* de Avellaneda en el sentido de parasismo ó desmayo, sino en el de indisposición ligera: «Al cabo de ellos, quiso Dios que llegasen á ella don Carlos con su amigo don Álvaro, á quien por aguardar convaleciese de una *mala gana* que le había sobrevenido en Zaragoza, no quiso dejar don Carlos, y esta fué la causa de no haber llegado mucho antes» (3). Con la misma significación de malestar ó enfermedad leve la empleó Martí: «Yo, como conocía las faltas que hacía, procuraba soldallas con levantarme aprisa, fingir que había estado de *mala gana* aquella noche y mostrarse solícito» (4). Y Lope de Vega, en *La Dorotea*, advierte lo que sigue: «Dice Dorotea que no quiere ventanas para los toros, porque está de *mala gana*, como dicen en Valencia» (5).

«*Buen recado*. — La voz compuesta *buen recado* (6), se encuentra en el capítulo 37 del *Quijote* «auténtico», en boca de Sancho: «Levántese vuestra

(1) «*Tesoro de la lengua castellana ó española*, por D. Sebastián de Covarrubias; Madrid, M. de León, 1674, en folio. — Otros aseguran que no fué una ciudad de Candía, sino cierta comarca de Grecia, la que comunicó su nombre al Malvasía; esta cuestión geográfico-vinicola para nosotros es indiferente.»

(2) «Acto II, esc. XIII.»

(3) «Cap. XXXI.»

(4) «Lib. I, cap. VII.»

(5) «Acto V, esc. II.»

(6) «¡Buen recado se tiene! respondió Sancho; sepa que no es Mari Gutiérrez amiga de tantas retóricas» (cap. XXXV del *Quijote* de Avellaneda).»

aquí dice que la mujer de Sancho Panza, mi escudero, se llama Mari Gutiérrez, y no <sup>a</sup> llama tal, sino Teresa Panza; y, quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra <sup>b</sup> en todas las demás de la historia.»

- 5 Á esto dijo Sancho: «— ¡Donosa cosa <sup>c</sup> de historiador, por cierto! ¡Bien debe de <sup>d</sup> estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza, mi mujer, Mari Gutiérrez! Torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre.

a. ...y no se llama tal. V.<sub>2</sub>, BAR., TON., A.<sub>1,2</sub>, BOW., PELL., CL., RIV., GASP., ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ., FK. — b. ...que

yerre en todas. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ. — c. ¡Donosa traza de historiador. ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ. — d. ...bien debe estar. A.<sub>1</sub>, PELL.

merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho.» La autorizó, por tanto, Cervantes, Luján de Sayavedra y otros varios autores aragoneses y castellanos.»

Y á las locuciones «el señal», «en salir» y «á la que», mencionadas por Pellicer como construcciones aragonesas, dice el Sr. Ximénez de Embún:

«Al nombre sustantivo señal, con efecto, algunos escritores aragoneses de aquella época (1), le atribuyeron el género masculino; mas como quiera que en el *Quijote* de Avellaneda, siempre se encuentra esta palabra usada en acepción femenina (2), no merece la pena que nos detengamos en desvanecer una distracción tan obvia.

Como término de esta labor ingrata, nos falta por analizar los giros *en salir*, *á la que*, en particular el último, que para Avellaneda constituía un bordoncillo obligado, sin cuyo apoyo apenas acertaba á dar paso alguno.— Pero estas formas modales no deben ser consideradas como verdaderos provincialismos; son más bien incorrecciones de lenguaje que á lo sumo descubren la impericia del autor que recurre á ellas, no el lugar ó provincia donde hubiese nacido.»

Y aun debe señalarse que las voces aragonesas, al decir de Borao, *malvasia* y *mala gana*, figuran en el léxico de la lengua catalana.

Larga y pesada ha sido la nota; pero ¿habremos llevado al ánimo del lector el convencimiento de que en el libro de Avellaneda no existe «el lenguaje aragonés» mencionado por Cervantes?

1. ...aquí dice que la mujer de Sancho Panza, mi escudero, se llama Mari Gutiérrez, y no llama tal, sino Teresa Panza. — Seamos justos: Cervantes no quiso recordar aquí que la primera vez que aparece el nombre de la mujer de Sancho Panza en su *Don Quijote* es en el cap. 7 de la primera parte, y entonces le da el de Juana Gutiérrez, nombre que trueca á renglón seguido por el de Mari Gutiérrez; y que más tarde, hacia el fin del cap. 52 de la misma parte, nos declara que se llamaba Juana Panza. No se explican semejantes contradicciones en quien tenía felicísima memoria.

(1) «Como, v. gr., micer Juan Costa.»

(2) «Porque nacerá con una señal de una espada... porque en el lado derecho tendrá otra señal parda» (Cap. IX).»

— Por lo que <sup>a</sup> he oído hablar, amigo, — dijo D. Jerónimo, — sin duda debéis de ser Sancho Panza, el escudero del señor D. Quijote.

— Sí soy, — respondió Sancho, — y me precio dello.

— Pues á fe, — dijo el caballero, — que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: 5 pintaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe.

a. Por lo que os he oído hablar. A.<sub>1,2</sub>, PELL., CL., RIV., GASP., ARG.<sub>1,2</sub>, BENJ.,

FK. — ...por lo que te oydo hablar. TON.

1. — Por lo que he oído hablar, amigo. — Así en la edición príncipe, en la de Valencia de 1616, Barcelona (1617), Bruselas (1616, 1662 y 1671), Amberes (1697 y 1719), Barcelona (1704), Madrid (1730 y 1750). Tonson corrigió: «Por lo que te oído hablar»; corrección que se aceptó en la edición de La Haya, impresa en 1744. Esta enmienda, según parece, dió pie para que la Academia escribiera en su edición de 1780: «Por lo que os he oído hablar»; corrección que se ha ido estampando en casi todas las ediciones que se han publicado desde entonces acá.

6. ...pintaos comedor y simple. — Efectivamente, el Sancho que nos pinta Avellaneda resulta una figura antipática, grosera y sin asomo de gracia: es, puede decirse, la antítesis del Sancho verdadero, de aquel que dice, al partirse de la insula Barataria, «...que no quería más de un poco de cebada para el rucio, y medio queso y medio pan para él; que, pues el camino era tan corto, no había menester mayor ni mejor reposteria.» (II, 53; — t. VI, pág. 52, línea 1.)

¡Qué contraste entre esto y lo que dice el encubierto Avellaneda!

«Llegó en esto Sancho... y dijo al ventero que trujese luego la olla y el conejo asado, lo cual fue traído en un punto; de todo lo cual cenó harto poco D. Quijote, pues lo mas de la cena se le fue en hacer discursos y visajes; pero Sancho sacó de vergüenza á su amo, pues á dos carrillos se comió todo lo que quedaba de la olla y conejo, con la ayuda de un gentil azumbre de lo de Yepes; de suerte que se puso hecho una trompa.» (AVELLANEDA. *Don Quijote*, cap. 4.)

«Para mí no hay otra gloria sino cuando está la mesa puesta, téngola grande viendo sobre ésta tantos platos llenos de avestruces, y carne, y de pastel en botes, que no puedo tragar la saliva de contento... tomó el capon, el cual estaba ya partido por sus junturas, y espetósele casi invisiblemente. Viendo la sutileza de sus dientes, los pajes dieron en vaciarle en la caperuza cuantos platos alcanzaban de la mesa, con lo cual se puso en breve rato Sancho hecho una trompa de Paris.» (AVELLANEDA. *Don Quijote*, cap. 12.)

Y no acaba aquí la glotonería del escudero, puesto que á continuación se come, como por ensalmo, dos docenas de albondiguillas y cuatro pellas de un manjar blanco.

Se ve claramente, por lo transcrito, que el Sancho de Avellaneda, además de ser glotón, era borracho; tachas de las cuales protesta el verdadero Panza un poco más adelante.